

**Fermín LABARGA**, *La Santa Escuela de Cristo*

Biblioteca de autores Cristianos, Madrid 2013, LXI + 889 pp.

Hace tal vez veinte años que oí hablar al autor de este libro de esa desconocida –para muchos, por no decir para todos, salvo contadas excepciones– institución que se llamó *Santa Escuela de Cristo*. Recuerdo un Seminario dirigido por Labarga, en el seno de la Facultad de Teología, en que se presentaron tesis diversas sobre el surgimiento, antecedentes y huellas de movimientos o instituciones con fines espirituales que pudieran ser preludios de las grandes –masivas– afluencias de las aguas del Espíritu. Aquel Seminario de que hablo dejó en los presentes el recuerdo de algo bien descubierto, bien señalado por el ojo clínico de un culto observador de expresiones capaces de dejar su impronta en la tradición. Después han sido muchas las ocasiones en que he oído y leído a Fermín Labarga. Su tesis en Letras, en la que estuve presente por mor de la amistad, fue un acopio de elogios con cierta simpática sazón de algún que otro defectillo necesario al carácter riojano, espontáneo y seguro de sí, en que se vierte la personalidad de este autor. Maduro –a decir verdad– y tremendamente vital, cuenta a estas horas en su haber con multitud de logros: publicaciones de carácter histórico, libros de arte con óptimas fotografías de bellezas arquitectónicas o de imaginería y pintura magníficamente seleccionada, colecciones o reportajes gráficos. Valora también mucho los conocimientos de personas, amistades nuevas –de personalidades sencillas o, tal vez, ocasionalmente brillantes–: tiene luz y calor para fidelizar amistades y sencillez generosa para dejarse fidelizar.

Trotamundos incansable desde hace años, no para incrementar su bagaje de fotos visitando lugares por afán de presencias –*¡yo también estuve allí!*–. No: el Prof. Fermín Labarga ha acumulado amplitudes de cultura y de conocimiento útil, sin separarse nunca

de las auténticas pulsaciones del pueblo. Especialista en el estudio –histórico, técnico, experimental, pastoral sobre todo– de Cofradías, reconocido en toda España. Pero atento también a las extensiones del mapa, sin ceder jamás a la querencia de lo fácil: congresos, conferencias, comprobaciones *de visu* aprovechando viajes de estudio a Europa o Hispanoamérica. Es decir, que el Prof. Labarga no siente pereza –y si la siente se la guarda para sí– buscando tal o cual documento o cuaderno o publicación que yacen acá o acullá bajo el polvo del olvido. Así ha salido este libro sobre la Santa Escuela de Cristo, bien construido y bien concebido. Y ya se sabe: lo bien concebido bien se expresa. De ahí, digo, este estudio ágil, que presenta una realidad bien descrita sobre la que no existen estudios anteriores.

El libro es descriptivo. El ejercicio descriptivo facilita el relato histórico siempre que vaya unido a la crítica que es la quintaesencia que no puede faltar. Sus páginas se organizan en catorce capítulos, con básico criterio cronológico. *Origen y organización de la Santa Escuela, Años intensos de expansión* son tema de los dos primeros capítulos. Amplios, elaborados. La redacción de Labarga es cómoda, grata: como el asunto que le ocupa es desconocido y la descripción es vivaz y casi coloquial –virtud muy laudable– acapara la atención, sobre todo en estos primeros capítulos. El autor no disimula –ni podría hacerlo, aunque quisiera– la ilusión que le ha gobernado en la investigación.

Siguen otros dos capítulos correspondientes a la implantación y desarrollo de la Santa Escuela de Cristo en sendas ciudades: *Roma* y *Madrid*. *Roma* parecería anunciar una inserción en la Urbe, de la Santa Escuela: con fuerza católica, con vigor centrípeto –*centrum vitae, umbilicus mundi*–, con

*parresía* apostólica. No fue ése, sin embargo, el resultado: la personalidad paradójica de Miguel Molinos aparece allí como contrapunto a las aspiraciones de la Escuela. Ya sabemos que en Roma ha habido durante el siglo barroco sacerdotes de vigorosa piedad; pero es lo cierto que la Santa Escuela parece no haber merecido pena ni gloria. Junto a Roma, *Madrid*: en su función de albergue glorioso –como Trono que era de Su Majestad Católica– parecería que el asentamiento de la Santa Escuela en aquella Capital de dos Mundos había de ser por necesidad fecunda, vigorizándose en un *corpus* bien trabado. Ilusión bien noble que no se llegó a plasmar en realidad viva: pienso que tal vez por ausencia de un verdadero fundador o, más aún, de un verdadero carisma vertido en un *logos* con capacidad expansiva. Tal vez, la organización entregada a las sucursales o filiales de la Santa Escuela no tenían fuerza seminal, carecían de *logos espermático* –permítasenos la expresión extrapolada– para perpetuarse como familia, es decir en corriente biológica dada a luz por una fuerza patriarcal. Júzguelo el lector y calcule de qué son capaces los empeños humanos y las buenas intenciones brotadas de los corazones humanos y de su fuerza propia. Es cierto que de la Gracia no tenemos dominio despótico y cuando un presunto carisma se muestra como fruto de un vigoroso empeño humano, todavía es de rigor preguntarse por la presencia superior del Espíritu de Dios, cuestión para la que se requiere gran perspicacia y discernimiento.

El capítulo V centra su objetivo sobre la *Época de Oro*. Roma y Madrid no son toda la Edad de Oro. Todo el Occidente Europeo y aquellos reinos de ultramar conocieron las Letras de Oro, así como la escultura y la pintura, y el estilo colonial de la arquitectura y el urbanismo. En la Hispanidad barroca todo fue de Oro. Grandes personalidades de muy superior empuje abrieron brecha espiritual entre los corazones españoles y

la gran gesta de las Américas –dígase lo que se quiera, pero ahí están los hechos– había sido campo de grandes ensueños, incluso de grandes mitos: *a estos y a aquellos nuestros reinos*, como al rey Midas, les era dado convertir en Oro todo lo que tocaban. «La pujanza de la Santa Escuela es notoria en estas décadas finales del siglo XVII al igual que en la primera mitad de la centuria dieciochesca. Los datos recogidos de las distintas escuelas, salvo alguna que otra excepción, van en ese sentido» (p. 250). Hubo un tiempo en que se habló del siglo XVIII como de un valle cultural y espiritual en que no tuvieron cabida los grandes empujes o las espiritualidades generosas. Se pensó que las Luces lo eran todo. El escepticismo, el criticismo racionalista, el agnosticismo y el naciente anticlericalismo, el moralismo casuista y el jansenismo, y todo lo que fue aquella centuria *del sí y el no*, de contrastes –en fin– no dejaban lugar a espiritualidades intensas –que habrían de ser vistas como un arrumbado desfase–. No cabe pensar sin embargo que, pasado el siglo de Oro, no quedase nada bajo el tedio espiritual de unas luces adventicias que burlaban la vigilancia de la Inquisición. Bajo las cenizas recientes suele haber un rescoldo capaz de reiniciar el incendio.

El capítulo VI trata del arraigo y expansión habidos en América principalmente en Perú y en México, donde la matriz madrileña encontró fieles representaciones que lograron una gran feracidad espiritual, a juzgar por el número de sus afiliados y por el entusiasmo con que abrazaron los criterios y directrices trasplantados de las Escuelas de la Metrópoli, asimilándolos a su modo. La Compañía de Jesús fue protagonista de la difusión de la Santa Escuela en el virreinato de Perú; pero su aceptación de aquella iniciativa, que en la Península obtuvo un prestigio autorizado por importantes cabezas episcopales –como la de D. Juan de Palafox, por ejemplo–, modalizó los estatutos en algunos detalles sustanciales. Pongo por caso la prác-

tica del banquillo: una especie de capítulo de faltas en que el hermano a quien correspondía por turno recibía las correcciones sentado en un taburete. Se suprimía igualmente la disciplina. Todo se acomodaba más a la imagen del oratorio de San Felipe Neri, más moderado y alegre con música incluso que facilitaba el examen y la contemplación. El modelo madrileño pasaba por la horma y tela de juicio de los re-fundadores: sin que sea fácil decir si con acierto o con una censurable acomodación al ambiente. «Durante las últimas décadas del siglo XVII –resume el Prof. Labarga– la Escuela de Cristo se difunde ampliamente en Lima, al amparo de la Compañía de Jesús y con ciertas características algo peculiares; este modelo alterado se extenderá luego por otras zonas del Virreinato, especialmente hacia el sur hacia Chile y Argentina. Por el contrario, la difusión en el de Nueva España respondió al modelo canónico importado de Madrid, reuniendo a clérigos y laicos, algunos de ellos de cierto renombre. A lo largo del siglo XVIII la Santa Escuela se consolidó en toda América constituyendo en ocasiones focos de insurgencia independentista» (p. 333). En México el trasplante se hizo con mucha mayor docilidad; pero arraigaron allí figuras de alto significado que pueden determinar el sentido del imaginario y del ideario que allí se desarrollan. El reverendo don Juan Bautista de Toro, que había nacido en Bogotá al inicio del último cuarto del siglo XVII, cuyo director espiritual era el padre Pedro Mercado, jesuita, escribió un libro titulado *El Secular Religioso, para consuelo y aliento de los que viviendo en el siglo pretenden lograr el cielo*. El libro tuvo dos ediciones, ambas en Madrid: la primera en 1721 y la segunda en 1778. El autor mantiene como tesis principal «que se puede alcanzar la santidad en todos los estados, ofreciendo para ello una serie de reglas acomodadas a las diferentes circunstancias de cada uno... (...) La Santa Escuela, con sus santos ejercicios, es un medio muy apto

para ello ya que *en aplicándose los seculares a la virtud con resolución verdadera, hacen vida muy religiosa, y proceden tan ejemplares, que causan una santa y humilde emulación aun a los religiosos monásticos»* (p. 373).

Los dos últimos capítulos –XIII y XIV– describen las postrimerías históricas de la Santa Escuela y los intentos de revitalización con motivo del III Centenario de la Santa Escuela en 1953. Historia edificante la de la Santa Escuela de Cristo, que deja no obstante un regusto antañón.

Hace tiempo que pienso que las dificultades externas no son explicación suficiente de las debilidades humanas que configuran el otoño espiritual de una época o incluso el deterioro letal de las instituciones o de las grandes espiritualidades. Siempre es el hombre, en uso de su libertad, el verdadero responsable de la tibieza definitiva, que trae consigo la tristeza y la desgana final.

Los seis capítulos –del VII al XII– son trasunto de las prescripciones espirituales, de la distribución y desarrollo de la *vida cotidiana*, de la oración, virtudes teologales y cardinales, del ejercicio de la penitencia y de toda la regulación de la *vida de piedad*; del *oratorio* y de su emplazamiento y de sus variadas posibilidades en capillas de la parroquia o de algún otro templo, los diversos rasgos espirituales; en fin, de los ceremoniales que regulaban las diversas celebraciones o ejercicios de devoción de la Escuela. Desfilan ante los ojos del lector los resultados de una investigación ambiciosa, que ha sido capaz de poner en pie lo que se puede conocer de una realidad aglutinante de empeños generosos tras casi dos centurias desde su desaparición.

El autor de esta obra escribe con entusiasmo que denota su propia admiración ante la realidad descubierta con tan singular esfuerzo. Tal entusiasmo unido a la facilidad de pluma le lleva a deslizarse a un estilo que en muchas de sus páginas debe ser reconocido como panegírico. A mi entender –y lo digo

consciente de los innegables méritos que avaloran estas páginas– el entusiasmo distrae al autor de su necesario discernimiento crítico y le lleva a deslizarse con cierta frecuencia a afirmaciones benevolentes.

De la Escuela de Cristo no cabe esperar una imagen que adelanta lo que sólo son frutos de la evolución de la Iglesia en los dos últimos siglos a impulsos del Espíritu. El Concilio Vaticano II –llevando a efecto el diálogo entre la Iglesia y el mundo– ha aportado toda una serie de valiosísimos diagnósticos de la realidad eclesial y social, del trabajo, de la espiritualidad laical y de su *compromiso temporal*, de la *consecratio mundi* y de otras riquezas que todavía tras cincuenta años reclaman una penetración que se promete de una fecundidad y de una grandeza espiritual que sólo a partir de las intuiciones de los grandes espíritus pioneros del Concilio es posible avizorar.

«El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho Él mismo carne y habitando en la tierra de los hombres, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo. Él es quien nos revela que Dios es amor (Jn 4,8), a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y por tanto de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. Así pues, a los que creen en la caridad divina, les da la certeza de que el abrir a todos los hombres los caminos del amor y el esfor-

zarse por instaurar la fraternidad universal, no son cosas vacías de contenido. Al mismo tiempo advierte que esta caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, y sobre todo, en la vida ordinaria» (GS 38)

Está claro –y con gusto lo proclamo– que Fermín Labarga ha hecho un trabajo necesario, una primera investigación prometedor, feraz. El nido de cuestiones que este libro alberga es ya en sí mismo una riqueza, que será preciso seguir investigando. Esta investigación tiene carácter de síntesis que el autor entrega como fruto de su trabajo ingente, de años, que merece los honores de lo generoso y de lo inteligente. Pero, y lo que ahora afirmo no tiene carácter negativo sino de confiada sinceración, no resiste el análisis de lo singular: nunca se ha hecho un análisis previo de personalidades comprometidas con la Santa Escuela. No sabemos, por eso, la naturaleza de su garra humana, del talante de sus hombres, de sus alegrías, sus persecuciones y la fuerza de su atractivo. Esperaríamos una labor biográfica para que la historia de la Santa Escuela no se quede en relato sin rostro.

La sustancia está lograda. Pero en el monte quedan aún espacios por roturar. Inevitable, cuando se emprenden grandes tareas.

Enrique DE LA LAMA  
Universidad de Navarra